La desmitificación de los políticos

Luis G. San Miguel

La reforma está dando a! traste con bastantes cosas, entre otras, con muchos prestigios establecidos al amparo de la situación anterior. Bajo Franco había dos "clases políticas" sólidamente prestigiadas. Los políticos del régimen aparecían generalmente a los ojos de sus simpatizantes como serios, honestos y eficaces. Sólo excepcionalmente se reconocía la corrupción y la ineficacia. "¡Cuánto vale don Fulano!", decían las señoras de derechas, a la hora del chocolate, mientras se disponían a ver la de Gary Cooper.

Los políticos de la oposición aparecían a los ojos de los antifranquistas como nobles, valientes y desinteresados, capaces de sacrificar su libertad y hasta su vida en defensa de unos ideales. Las mujeres de los detenidos enviaban sus cestas a Carabanchel, donde los hombres se forraban de empanada y antidühring.

Cierto que los simpatizantes de cada sector echaban pestes de los del otro. Por eso, en definitiva, DO importaba demasiado, pues la hostilidad de ios enemigos aumentaba e! prestigio *a* los ojos de los amigos.

Todo esto está cambiando, como deciamos, a pasos agigantados. Y hay varias razones que lo explican. Una de ellas, quizá la más importante, es el constante cambio de postura a que se ven abocados, si quieren adaptarse a las circunstancias. los hombres de uno y otro bando: aparecen franquistas "de toda la vida", de cuya existencia, cuando Franco vivía, nunca hubo noticia: algunos de los antifranquistas "de toda la vída" se hacen, o mejor dicho, nos hacemos reformistas y, por tanto, gubernamentales, como antes se decía; los que "nunca aceptarían la legalidad establecida" no salen de la Moncloa y los malévolos dicen que, si les habilitaran tumbonas, allí se quedarían a echar la siesta; hay quien pertenece, a ¡a vez, a la comisión negociadora de la oposición y al equipo del presidente Suárez y, sí ambos equipos se reunieran a negociar de nuevo, iba a hacerse un tremendo lio con las sillas; los socialistas desbordan por la izquierda a los comunistas, que, a su vez, desbordan por la derecha a los socialdemócratas, y poco falta para que Carrillo, en un alarde de moderación, termine cantandodo no diré que el "Cara al Sol", pero si. por lo menos, ¡a "Marcha Real",

La Iglesia hipócrita

La Iglesia es quizá la única que no ha cambiado nada: sigue tan hipócrita como siempre, pretendiendo que no hace política. Las líneas entre unos y otros se vuelven borrosas y la gente recibe la impresión de que se está operando un monumental cambio de chaqueta en el que todos participan.

Aparece, por otra parte, en toda su desnudez e! ansia de poder de los de uno y otro bando, sin la cual, dicho sea de paso, quizá no habría política. Al entreabrirse las puertas de la libertad e información, aparecieron numerosos chanchullos y corrupciones entre los "defensores de la civilización occidental" y nos enteramos de lo poco "desinteresado" que había sido, en lineas generales, su servicio al pueblo. Por otra parte, cuando los valientes luchadores por la libertad tuvieron que ponerse a organizar sus partidos, descubrimos con qué ardor y codicia defendían un minúsculo puesto en la ejecutiva de su minúsculo partido, y cómo su ansia de poder, y quizá su codicia, no era inferior a las de sus antiguos rivales.

Los políticos de uno y otro bandc pierden prestigio a pasos agigantados. Los hombres fuertes aparecen en calzoncillos y los héroes están cansados. Hay quien empieza a decir que, gane quien gane las elecciones, el país va a estar gobernado por una banda de gilipollas.

Efectos saludables

Todo esto, si no nos pasamos de la raya, puede tener efectos saludables. Los políticos, cualquiera que sea su ideología, cobran un aspecto humano: ya no son semidioses ni héroes, puros y desinteresados. Son hombres, como los demás: dispuestos a hacer carrera, a menudo ambiciosos, oportunistas y corrompidos, pero también capaces, en ocasiones, de cierta grandeza *y* cierto desinterés. Y, en la medida en que su imagen se humaniza, empieza a germinar entre los ciudadanos esa sana desconfianza hacia los que manejan las arcas públicas que constituye la esencia del liberalismo. Si todo poder corrompe, hay que desconfiar de los que lo ejercen.

Pero insisto en *que* sería malo pasarse de la raya. Lo queramos o no va a seguir habiendo una ciase política, mientras los anarquistas no realicen su sueño de desaparición del Estado. Y habrá que tratar que sea lo mejor, o lo menos mala, posible. Habrá que mejorar su rendimiento, como el de los médicos del seguro, el de los abogados o el de los deportistas.

Quizá necesitemos, en definitiva, una nueva moral de la función política. No una moral para dioses, puesto que sabemos que no lo son, aunque, a veces, intentarán parecerlo, sino una moral para hombres como los demás, capaces de muchas miserias y también de alguna que otra grandeza. La vieja moral autoritaria habrá oe ser sustituida, como tantas otras cosas, por una moral más flexible y realista, a la altura de las nuevas situaciones que empezamos a vivir.